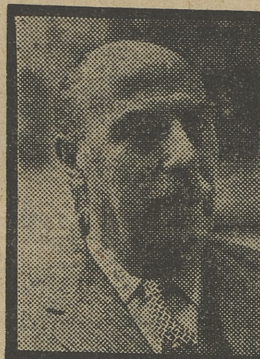
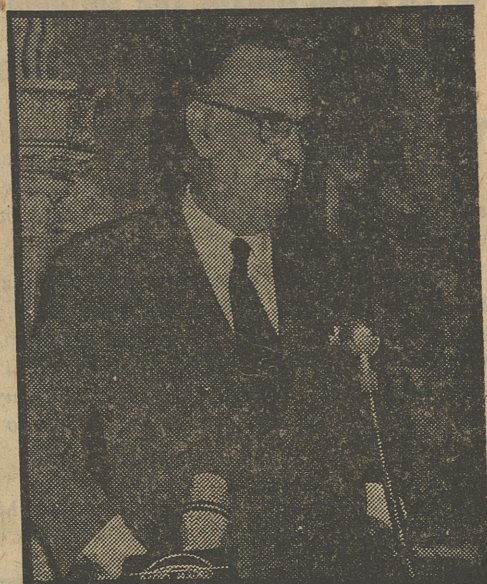


Pueblo literario

LOS ESCRITORES
Y LA PAZ



La VENTANA
DE PAPEL



HELSINKI - SOFIA

Escribe: Guillermo DIAZ - PLAJA, de la Real Academia Española

CRONICA DEL CONGRESO INTERNACIONAL CONVOCADO POR LA UNION DE ESCRITORES BULGAROS

DURANTE los días 7 al 13 de junio, en la ciudad de Sofía, capital de Bulgaria, ciento cincuenta escritores, procedentes de todo el mundo, han aceptado la invitación de la Unión de Escritores Búlgaros para intercambiar algunas ideas en torno a la función de los intelectuales en la búsqueda de la paz. Ciento cincuenta personalidades cuyo único trazo común es la esperanza de que los hombres que ejercitan la pluma pueden ser en un futuro los ejes conductores del entendimiento entre los pueblos.

A dos años de los acuerdos de Helsinki, que establecieron el camino de la distensión, aceptando el diálogo como único camino para la comprensión entre los pueblos europeos, y a un año vista del futuro Congreso de Belgrado, esta reunión de Sofía se nos parece plena de significación. Bastaría repasar la lista de los nombres aquí reunidos para comprender la trascendencia de esta fusión de figuras ilustres, capaces de servir la idea d'orsiana de la amistad y del diálogo. Desde los franceses, como Hervé Bazin o Robert Andrés, hasta los soviéticos, como Evtushenko, Otzerov, un enorme despliegue de figuras ilustres nos acompaña.

LA delegación española al Congreso está constituida por Camilo José Cela, Ana María Matute, Rodrigo Rubio, Luis Goytisolo y el que firma estas líneas. Diré —sin que sea necesario— que ninguno de los escritores invitados pertenece a un partido marxista. Y añadiré algunos nombres hispanoamericanos, como el mejicano Juan Rulfo, el uruguayo Mario Benedetti, el cubano Nicolás Guillén o el peruano Antonio Cisneros, para completar los valores de la constelación hispánica, que ha figurado a todo honor entre los invitados al Congreso.

ME atribuiré el humilde papel de cronista para reseñar los actos desarrollados en el amplio salón de convenciones del hotel Moskva, de Sofía. Actos que se iniciaron con la audición de la «Oda a la alegría», de Ludwig von Beethoven.

DESPUES de unas palabras de Hervé Bazin que definió el congreso como una «toma de conciencia» del escritor ante la necesidad de un diálogo que se apoye en la urgencia de la paz para salvaguardar la existencia del hombre, y de una salutación a los congresistas formulada por Todar Yivkov, presidente del Consejo de Estado de la República Popular de Bulgaria, hizo uso de la palabra el hombre que dirige la Unión de Escritores Búlgaros, Pantelei Zarev, quien empezó recordando la macabra historia de la Humanidad, en la que están contabilizadas más de 4.000 guerras. Y es trágico pensar —añadió— que existen artilugios bélicos capaces de desencadenar otra conflagración de tal envergadura que podría constituir el fin de la Humanidad. Apuntó la luz de esperanza que suponen los acuerdos de Helsinki, pero recordó también que las reuniones de Munich en 1938 permitieron proclamar una paz que desgraciadamente no se produjo. «Por eso, no debemos escuchar voces engañosas y olvidar la realidad. Nuestro deber, como creadores de la cultura y conservarla, hacer más sereno, en la medida de nuestras posibilidades, el sueño de las madres y no permitir que se borren las sonrisas de los labios de los niños. Por eso nos preocupa el problema de la paz. Por eso penetramos en el campo de la política.»

DESPUES de recordar el pensamiento de Thomas Mann, que enlaza los conceptos de «literatura», «humanismo» y «política», el representante de los escritores búlgaros solicitó que la cultura se manifestara como beligerante, atacando

las tendencias a los temas de la crueldad, de los filmes de horror que «avivan la crueldad en el hombre, le enseñan a mostrarse brutal ante sus familiares, borran todo lo bueno y humano que nuestro arte aspira a fomentar y con el que nosotros aspiramos a servir a la Humanidad.

PARA ello, prosiguió, es necesario que la literatura actual actúe en defensa del humanismo, al que definió como «el intento de la razón para oponerse al caos y a la insensatez».

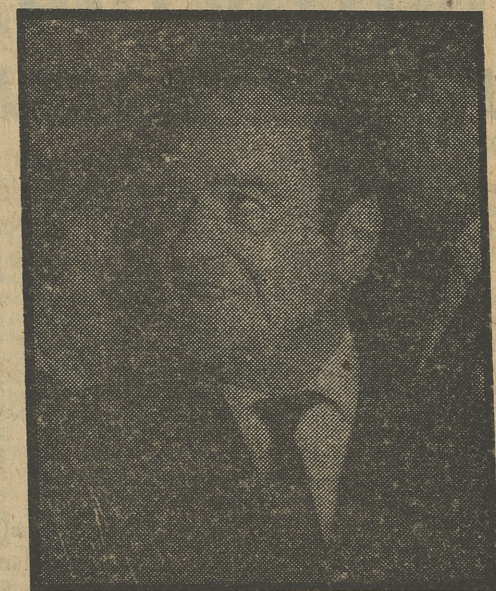
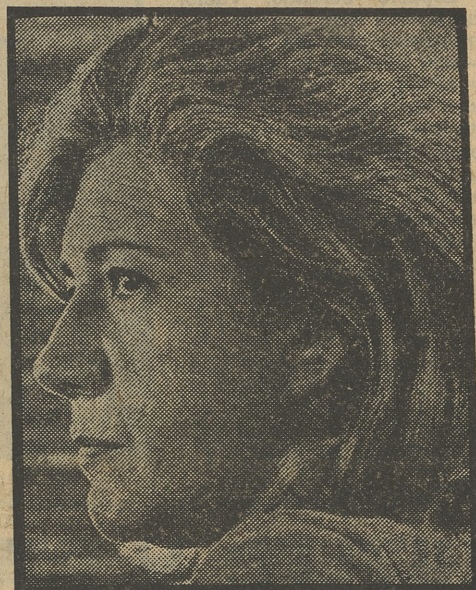
DE ahí la necesidad de evocar a aquellas figuras que, como Romain Rolland, intentaron luchar por la unidad moral de los pueblos de Europa. Y acabaré recordando los párrafos finales de tan importante pieza oratoria:

EN este encuentro se podrán plantear diversos problemas: la época en que vivimos es complicada, transitoria, una época en que la Humanidad lucha con la naturaleza utilizando la técnica, en que surge la contradicción entre el Norte y el Sur, entre los que poseen bienes materiales y los desposeídos, entre los oprimidos y sus opresores. Pero problema global de nuestra actualidad y del Planeta es la paz. En la salvaguardia de la paz está la razón.

ESTIMADOS amigos: Me permitiré ampliar un poco más este pensamiento.

Los científicos del mundo entero hacen heroicas tentativas para descubrir en este enorme e inacabable todo que llamamos Universo indicios de otras civilizaciones. ¿Es que este afán no está dictado por las crecidas posibilidades técnicas o por la intensificación cada vez más impetuosa de la actividad de la Humanidad? Es un acto de sabiduría, ya que tiende a consolidar la seguridad en sí mismo del género humano y sugerirle, con la ayuda de la comparación, su inmortalidad. Por desgracia o por suerte, la única razón que hasta ahora conocemos es la razón del hombre. Es impresionante y grandioso pensar que en una gigantesca esfera de millones de kilómetros somos el logro más sublime de la Naturaleza. La Naturaleza nos ha creado para oírse, para verse, para conocerse. El hombre, además de ser racionalista y tener la posibilidad de pensar, es emocionalmente perfecto, realizador de la gran misión de sentir y crear el arte. Ha aprendido a distinguir lo bello de lo feo, ha conocido la fuerza emocional de la armonía, el dolor, la pena y la grandiosa esperanza en la felicidad. Es el único capaz de relegar algo a costa suya: sacrificarse por el prójimo; es inquietud y conciencia, lo demás es materia o fuerza inconsciente. Cada individuo por separado encierra en sí todo el Cosmos y por su complejidad tal vez le rebasa. Actualmente se habla en todo el mundo de la protección del entorno natural, de la Naturaleza. Se asignan millones a este asunto, aunque se invierte mucho más en la fabricación de armas para el exterminio del hombre. ¿No se hablará por fin de la protección del hombre como el ser más excepcional, único de todas las especies biológicas?»

Seguiré el comentario.



Escritores españoles participantes en el congreso de Sofía; con el cronista Díaz-Plaja: Camilo José Cela, Ana María Matute, Rodrigo Rubio y Luis Goytisolo.

MARCEL BATAILLON



CADA vez que hayamos de estudiar un tema capital de la historia de la literatura española nos tendremos que encontrar con el juicio de este gran his-

panista francés, el más señalado de todos, que acaba de desaparecer, Marcel Bataillon. Sobre el «Quijote», la «Celestina», el «Lazarillo»... Además de emplear sus saberes lingüísticos, de disponer de un aparato crítico e histórico excepcional, hizo dos cosas a lo largo de toda su vida: estudiar la espiritualidad española y amar a este país, que conoció muy pronto y que ha visitado innumerables veces. Su «Erasmo en España», un libro capital para el conocimiento de nuestra cultura, es obra como ha escrito Pedro Sainz Rodríguez, del resultado

de una investigación de quince años, iniciada en la Biblioteca Nacional de Lisboa y en las bibliotecas portuguesas que guardan los más raros e importantes de la historia religiosa de la península. Con el mentador historiador y crítico que fue su amigo, constante investigador de la espiritualidad del Siglo de Oro, coincidimos en afirmar que Bataillon merece un gran homenaje. No puede ser otro que comentar toda su obra de investigación. En estas columnas hemos de referirnos a ella próximamente en los términos que corresponden a un periódico.

DOS PERSPECTIVAS URBANAS: DE PLAZA EN PLAZA Y TIRO PORQUE ME TOCA

Escribe: Javier NAVARRO
DE ZUBILLAGA
(Arquitecto)

◆ La Plaza Mayor fué síntoma de un Madrid en construcción; la del Descubrimiento pertenece a un período de destrucción

Y A la palabra perspectiva nos remite al futuro —¿qué perspectivas tiene?—; es decir, implica al tiempo. Y no podía ser de otra manera, pues, como todos sabemos, la perspectiva —más o menos natural— representa el espacio.

Cuando Felipe III encargó a Juan Gómez de Mora la traza de la plaza Mayor de Madrid, en 1617, las perspectivas que Madrid tenía, en cuanto a futuro, eran, como el siglo, de oro. Así nació el gran corral de Madrid, escenario de un imperio escenográfico, cuyas tres dimensiones se proyectaban sobre el plano de Madrid (véase el Teixeira).

Para edificarla hubo que tirar la antigua plaza del Arrabal, que databa de la época de Enrique III y Juan II.

Espacio cerrado, vacío, horadado, con límites homogéneos, así era y así es —tras sucesivos incendios y reformas— la plaza Mayor de Madrid. A través de los arcos, las calles y pasacalles acceden a la plaza, y ésta, a través de los mismos, accede a Madrid por todos los puntos cardinales.

Estas son las perspectivas espaciales de la primera gran plaza de Madrid, que fue y es, cada vez menos, escenario de todo tipo de espectáculos, alegres y tristes. Las perspectivas temporales eran las de ser, a través de las espaciales,

digna plaza Mayor de la capital de un imperio.



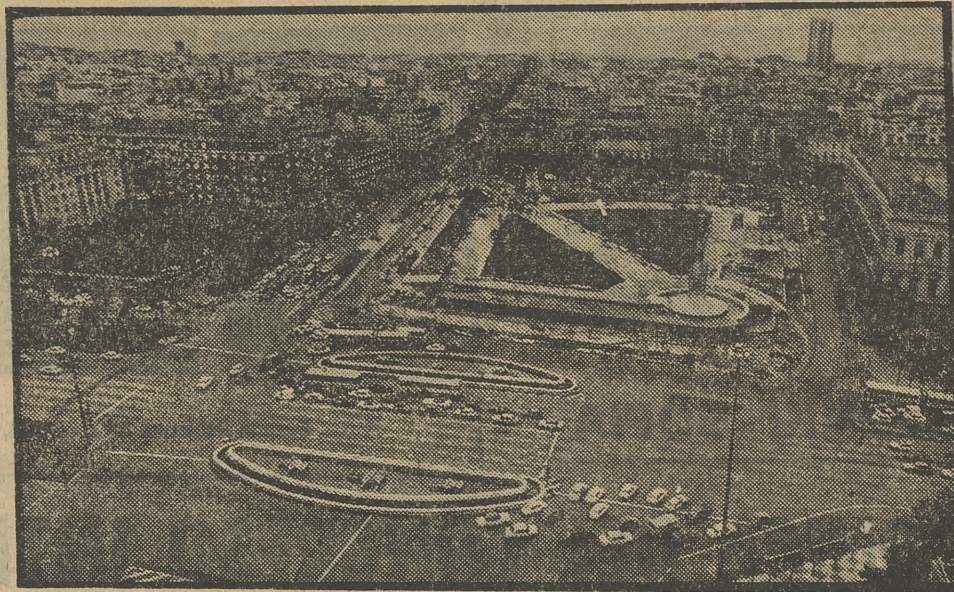
En 1977 se inaugura la segunda gran plaza de Madrid: la del Descubrimiento, que, por lo mismo, nunca dejará de ser la plaza de Colón.

Pero sí ha dejado de serlo tal y como era.

¿Qué perspectivas temporales tiene Madrid ahora? Con la vuelta de la Monarquía, de alguna manera nos llega el eco del Imperio, pero lo hace de una forma más auténtica y posiblemente más lícita que el fragor imperialista de la última época. Y digo lícita porque es un eco de nostalgia, es decir, de pasado, sin pretensiones de resucitarlo.

Pues bien, parece que esta plaza quiere ser un permanente homenaje a las naciones americanas que un día constituyeron aquel Imperio. Así parece que este homenaje urbano-urbanístico es la réplica, después de más de tres siglos y medio, a la plaza Mayor.

La plaza del Descubrimiento es un espacio abierto, semilleno y con límites heterogéneos —los que había—, y además con subsuelo —el de la plaza Mayor, el aparcamiento, nada tiene que ver con el si-



glo XVII y el Imperio—. Y es en este subsuelo donde se localiza el escenario de la nueva plaza: salas de exposiciones, auditorio...

Para edificarla ha habido que tirar la Casa de la Moneda, con sus famosos Jareños.

A la plaza Mayor acometen diversas calles de la época —estrechas y quebradas—, la del Descubrimiento está rodeada por grandes y rectas vías de tráfico. La plaza Mayor daba la espalda —las cuatro espaldas— a todo lo que la rodeaba; la del Descubrimiento se abre a todo lo que la rodea. Lo que ro-

deaba a la primera ha cambiado relativamente poco en todo este tiempo; lo que rodea a la segunda ha cambiado mucho en muy poco tiempo, y me temo que seguirá cambiando, y tiro porque me toca...

El escenario de la primera era ella misma, los palcos, sus balcones; en la segunda, el escenario se ha relegado al subsuelo y los balcones quedan demasado lejos.

La plaza Mayor se remansaba hacia dentro, creando perspectivas urbanas localizadas y variadas. La plaza del Descubrimiento se abre sin perspectivas

a un entorno cambiante.

Es evidente que el concepto actual del tiempo no es el mismo que el del siglo XVII, y creo que está claro que tampoco lo es el del espacio.

¿Qué le pasará al tiempo cuando las perspectivas urbanas parecen haber perdido su punto de vista?

Simplemente que ha cambiado de signo: la plaza Mayor fue un síntoma claro de una ciudad en construcción; la del Descubrimiento lo es de la misma ciudad en período de destrucción.

HITLER Y STALIN DESPUES DE MAYO

JUAN de Mairena advertía, en 1936, a los reformadores de oficio «que no hay nada que sea absolutamente im-
peorable».

Más recientemente, Vladimir Bukovski recordaba que pesimista es aquel que considera que «las cosas no pueden ir peor», a lo cual el optimista responde, «Sí, hombre, sí».

Bernard-Henri Lévy, «hijo natural de una pareja diabólica, el fascismo y el estalinismo», acaba de publicar un libro-escándalo, «La barbarie à visage humain», en el que intenta «pensar hasta el fondo el pesimismo en historia». ¿Qué puede inducir a un hombre joven que se abrió al pensamiento bajo la tutela de Althusser, que se emborrachó con la embriaguez libertaria de mayo-68, que se sumergió sin reservas en esa crisis mística del marxismo, que fue la aventura maoísta; qué puede impulsar a quien creyó en la revolución y se sintió llamado a la mesiánica tarea de liberar la Humanidad, a concluir desoladoramente que «el poder es una fatalidad que pliega la Historia a su ley, la vida es una causa perdida y la felicidad una vieja idea»? Simplemente, la convicción de que «el fascismo y el estalinismo tendrán sin duda para la edad moderna la misma importancia histórica que para la época clásica la convulsión de 1789». Si aquella fecha marcó el acta de nacimiento de la revolución como mito fundacional de nuestro cosmos, de la política como privilegiado ritual de nuestras vidas, el Gulag hitlerostaliniano nos obliga a plantearnos el problema de la posibilidad y deseabilidad misma de la revolución, empujándonos a un cambio de terreno que desde la política nos reconduzca nuevamente a la ética.

OPTIMISMO CULPABLE

EL nazismo fue una «aberración», el fascismo es una «enfermedad» del capitalismo, nos dicen al unísono demócratas, liberales y social-mediócratas. El estalinismo fue una «desviación» del socialismo, un «error» en el inevitable camino hacia el comunismo, repiten incansables izquierdistas y eurocomunistas. Eterna cantinela de cazarería optimista: el mal es un accidente en la segura senda

que conduce al bien, «no hay mal que por bien no venga».

Aunque todo desmiente su esperanza, el progresista se entrega, impenitente a su triple vocación de relojero, biólogo y médico: calculador de la hora eternamente diferida en que las cosas cambiarán, diagnosticador de enfermedades del cuerpo social, cree que la enfermedad anuncia la salud, impulsando vehementemente con sus remedios nuestro seguro descenso a los infiernos.

¡Hay que mirar de frente al horror de nuestro tiempo!, grita B. H. Lévy. La sangre diabólica de Hitler corre hoy por las venas de quienes sólo le vencieron para perfeccionar su proyecto. Aunque le nieguen tres veces, los discípulos de Stalin reconocerán a su maestro cuando el gallo cante. Nazismo y estalinismo no son deformaciones aberrantes del Estado liberal o socialista, sino su más honda verdad, el rostro más auténtico del capital. El capitalismo totalitario no lleva en sus entrañas promesa alguna de futuro que le niegue, porque el capital es el fin de la historia, la consumación del tiempo que sólo con él nació, el ocaso de un occidente que ya es más o menos todo en virtud de su vocación imperialista. El capitalismo, estadio supremo del platonismo. «La República», manual de nuestro Gulag.

OMNIPOTENCIA DEL SEÑOR

POR eso es hoy urgente responder a la pregunta: «¿Por qué hay Poder; por qué el Poder en lugar de nada?» B. H. Lévy responde: «Príncipe es el otro nombre del mundo. El amo es la metáfora de lo real. la idea de una sociedad buena es un sueño absurdo; la idea de bien público es una idea de soñadores rápidamente mudados en asesinos».

Ingenuidad, por tanto, de quienes basan su teoría del Poder en el triple axioma de la omnipotencia del saber, la inconsciencia de la creencia y la perversidad del amo, confiando en alcanzar la libertad a través de la toma de conciencia de unos presuntos intereses objetivos que ellos se encargan de definir. Ingenuidad también de las nuevas tribus de «deseantes» seguidores del «anti-Edipo» deuziano, creyentes en la omnipotencia del deseo, la voluntad de creer y la relativa inocencia del amo, que cifran su espe-

ranza en la exacerbación de los flujos pulsionales y su perversa multiformidad transgresora.

La sociedad no preexiste al Estado; el deseo no es anterior a la ley; el Poder no es exterior a una colectividad humana que vendría a oprimir, sino constitutiva de la misma: «hay sin duda algo en el puro hecho de reunirse que hace necesario al amo, inevitable; hay seguramente algo en la constitución misma de las sociedades que las destina a la servidumbre y la desgracia». Lo real no existe, sino en cuanto engendrado y conformado por el poder. El deseo no existe como lugar e instancia autónoma; es el Poder quien lo genera, estructura y hace posible. Hablar es, inevitablemente, decir y articular la ley. La historia no existe más que como crónica del Estado, como apropiación del tiempo por el amo: la estructura lineal de la temporalidad histórica es indisociable de los mecanismos del capital. El individuo no existe más que como la faz singularizada del Estado. El Estado, en fin, «como el dios de los teólogos, es creador no creado, demiurgo no obrado, sostenido en la pura contingencia de su misterioso advenimiento».

¡Derrotismo derechista! ¡Nihilismo reaccionario! Todos los gastados anatemas han caído sobre B. H. Lévy por atreverse a predecir que el nuevo príncipe, el incipiente rostro modernizado de la barbarie es «una extraña sirena política, cuyo cuerpo será el capital y cuya cabeza será marxista», Pax Romana de nuevo tipo, simbólicamente anunciada en el abrazo de Pablo VI con el alcalde comunista de la Ciudad Eterna.

El capitalismo está en crisis, porque se alimenta de sus crisis. No es que se acerque su muerte, sino que nació con ella y la lleva como motor en las entrañas. Su historia es un perpetuo juego de muerte y resurrección. ¡Bienvenida sea la revolución que me revitaliza!, grita el cínico vampiro mientras se metamorfosea el socialismo, un socialismo deseoso de llevar al extremo y perfeccionar, planificándolas y racionalizándolas, todas las taras y excesos de las sociedades industriales.

NOTA BENE: Si en algo «se pasa» B. H. Lévy es quizá en un exceso de certidumbre y una cierta melodramatización

Bernard-Henri Lévy
LA BARBARIE
à visage humain

Figures Grasset

de un asunto lo suficientemente trágico como para merecer un poco de humor. Es ciertamente comprensible, porque cuando uno cae en la desesperación por vez primera, siempre queda un poco impresionado. Sólo cuando se la lleva como inseparable compañera cae uno en la cuenta del optimismo que conlleva el tratarla con excesiva complacencia. Pues la seguridad siempre tranquiliza, aun a la más negra. Y en verdad, ni tan siquiera de que estamos condenados podemos estar seguros, ni tan siquiera de que el Señor es Omnipotente podemos estar ciertos. Bien se encargó El, previsor como es, de añadir la libertad a la predestinación en una imposible mezcla que atiza el dolor de la desesperación con la angustia de la duda. El más sutil tormento de los condenados consiste en abrigar entre las eternas llamas del infierno el impotente esperanza de salvarse.

Ninguna respuesta conseguirá anular la perennidad de la pregunta de Spinoza: «¿Por qué los hombres se baten por su servidumbre, creyendo defender su libertad?»

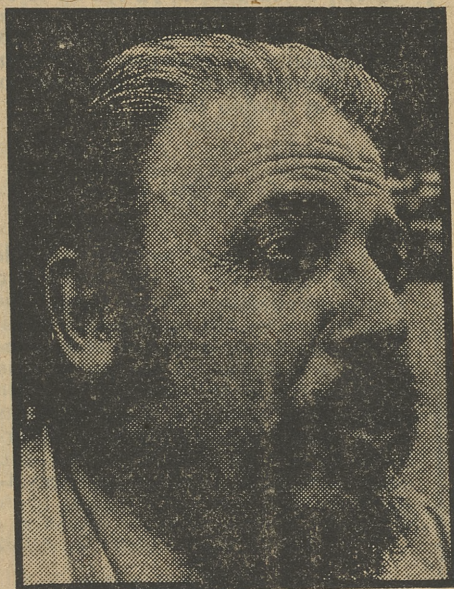
Escribe Juan ARANZADI



CON TERNURA Y RIGOR, CASTILLO-PUCHE VUELVE A HECULA

DESPUÉS de Noel, de Solana, de Baroja, no ha sido solamente Camilo José Cela el descriptor importante de la España negra, energuménica, feroz. Por los años cincuenta apareció Castillo-Puche, en cuya narrativa los trazos violentos de aguafuerte, su tremendismo o siniestros, que se hacen más patéticos con los motivos de los prolegómenos, la efectividad y las consecuencias de la guerra civil, acompañaban a una preocupación religiosa, profundamente arraigada y en conflicto con la afirmación de la vida terrena y la meditación existencial. En este último sentido, quizá sea Castillo-Puche el único novelista que haya dado entre nosotros una réplica a la llamada narrativa católica de Mauriac, Greenne o Coccioni, entre otros, centrándose en el tema más asequible y variopinto en nuestros pagos que es el del sacerdocio. Desde su primera novela, «Sin camino», hasta la trilogía en curso, «El cingulo» viene cercando la problemática —en muchos aspectos histórica ya después del Concilio— con tal acumulación de ejemplos que su tratamiento podría sintetizarse en frisos, bajorrelieves de un realismo impresionante, a punto de gruesa caricaturización. Al mismo tiempo también podría advertirse en estas novelas, igual que en las otras de tema distinto, todo lo contrario de esta simplificación expresionista: la complejidad y ambigüedad, la atmósfera deletérea o mirífica en que estos personajes se mueven en razón de los múltiples enfoques narrativos y desarrollo lingüístico de la trama donde si no se aventura nada realmente experimental, el encarnamiento barroquizante del autor aleja la obra del formalismo lineal en tentativas de ambiciosa innovación o seguimiento del conductismo de las maestras norteamericanas, como su tan mentado amigo Hemingway.

En una de sus novelas, «Con la muerte al hombro», nos mostraba por primera vez Castillo-Puche la ciudad en que simboliza la visión tremenda de España, Hécula, que es, sin duda, su Yecla natal, en la que

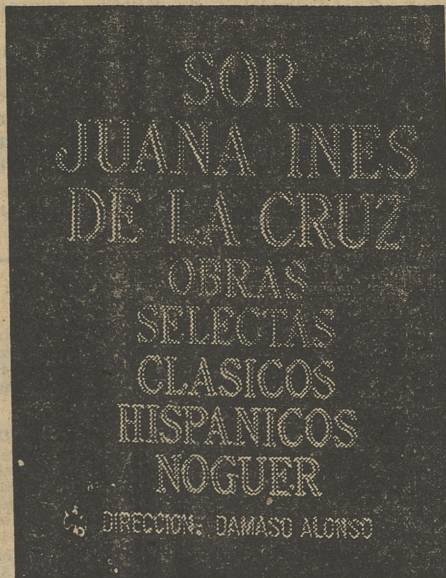


hirvieron ante sus ojos todos los especímenes del enfrentamiento civil que se expresan después con los trazos más tremendos en «El vengador». Ahora vuelve a Hécula. Si en la primera ya vimos a un muchacho que asistía atónito a este hervor, en la novela que ahora acaba de salir, «El libro de las visiones y las apariciones» (Destino) es una vuelta decidida a la infancia en ese mismo tiempo, en ese mismo clima, con toda la adustez que Azorín atribuyera también a la Yecla de su infancia colegial o Gabriel Miró —tan cercano en sus curas a Castillo-Puche— a la Oleza, la Orihuela levítica de su internado jesuítico. Hécula es Hécula con todos sus agravantes. Pero el niño es un niño dulce, sensible, enfermizo y soñador, amparado solamente por el amor de una madre viuda y sojuzgada por una parentela del mayor retrogradismo clerical. El autor —que tanta andanza autobiográfica ha puesto de manifiesto en sus fabulaciones— trata a ese niño con el aislado amor y la ternura de la vuelta a su propia infancia en la tierra natal. La Hécula tremenda ruge, babea, punza por doquier. Hay un capítulo en el que este niño es obligado a asistir en una fría ma-

drugada al escalofriante cantar de los «auroros» a la puerta de los agonizantes del pueblo. Y tiene una visión, una vaga aparición que puede ser la Virgen. Alternan los choques de la adustez con la evasión angélica naturalísima y la protección materna del niño. El autor advierte especialmente revolucionada su marcha narrativa. Tiene que alternar, en un equilibrio estilizado, en la voz del narrador, con primera y segunda persona de reflexión en la distancia y la perspectiva de los años —desde otra ciudad española lejana— la descripción del clima siniestro y sus personajes; doble e imbricada contemplación. Los procedimientos —incluso el de ausencia de puntos y aparte— están ya experimentados con muy vivos efectos en la novelística actual. Castillo-Puche, que tanto ha jugado ya con la multiplicidad de planos, los utiliza en adelante, y con una matización personalísima, y se ve que satisfecho a través de ellos de haber empezado a explotar una mina —puede continuar— que estaba líricamente rebosante en su espíritu, en su memoria, en su fantasía, en su crítica social, en su lenguaje. La ambición de sus novelas anteriores, que excedería siempre a cada logro, se concentra y precisa en la sintetización ambiental y en la configuración más pura e inefable del personaje, el niño, sobre el que gravita la determinación todopoderosa de su tío Cirilo para llevarle un día —si ha visto a la Virgen, mejor— al seminario. El autor se detiene ahí. ¿Irá, no irá? Sabemos que el narrador, sacerdote no es. Mas pudo ser seminarista. En cualquier caso, prologa ya la saga del hombre destinado al altar. Pero eso sería otra historia. Ahora tenemos, quizá con el mejor logro de la ambición novelística de José Luis Castillo-Puche, el libro de sus visiones y de sus apariciones.

LA PRECURSORA MEJICANA SOR JUANA INES DE LA CRUZ

SI no pasó, en el Siglo de Oro, de entretenimiento y con mucho éxito hasta muy entrado el siglo XVIII, la obra narrativa feminista de doña María de Zayas en nuestra literatura, antes de que la Pardo Bazán, a finales del siglo XIX, abra las puertas al libre escribir de la mujer, hay en el último cuarto del siglo XVII una presencia femenina en castellano que instala en el barroco una briosa bandera: la mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, la «Décima Musa». Si doña María ha tenido hasta muy recientemente una crítica adversa y la misma doña Emilia no se ha librado de algunos zarpazos, Sor Juana, pasado el ostracismo impuesto a la prolongación barroca por la crítica decimonónica, ha contado en nuestro siglo, especialmente a partir de la conmemoración de su tercer centenario, en 1951, una simpatía creciente y una comprensión adecuada de su vida y de su obra. Octavio Paz, que la exaltó en ese año y que después no ha dejado de discurrir en torno a ella, ha contribuido poderosamente a su profunda revisión. Para él es la culminación de la nueva España, de la cultura colonial, y su silencio un día —además habría de morir muy pronto—, la imposibilidad de romper, con todo lo que bullía en ella, hacia una mentalización de futuro. Su talento, sus energías y su actitud son verdaderamente asombrosos. Es el ejemplo más alto de vocación intelectual en una mujer que, moviéndose en las estructuras sociales, los componentes ideológicos y los condicionamientos del mundo en que vive, se impone a sí misma la urgente obligación de saber, de indagar y de defender el derecho igualitario de su sexo al discurso. La profanidad de muchos de sus escritos, gran parte de encargo o amical esparcimiento, así como sus versos devotos de ocasión, unida a la insistencia en su ignorancia teológica —como Santa Teresa—, cubren los de ma-



yor empeño y, sobre todo, su afán de conocer, de los husmeos inquisitoriales. El gongorismo y el conceptismo, con su

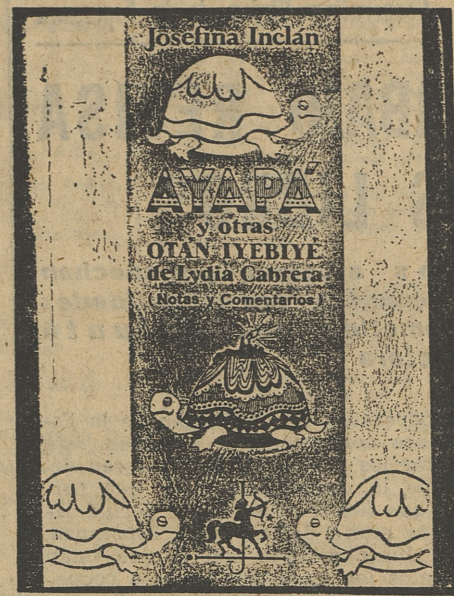
personalísima y consciente reelaboración; el placer de decir con ingenio, agilidad y belleza —hay piezas breves de extraordinaria calidad, así como una mayor, el hermoso y hermético poema «Sueño», que es una gran conquista literaria del barroco—, dan a su figura la prestancia del escritor profesional dominante del terreno que pisa; enteramente moderno, diríamos. (No me extraña que Salinas soñara su figura con el perfil de una universitaria moderna.)

Anoto todo esto porque, coincidiendo con estos días de exaltación hispano-mexicana, sale a la luz, en Clásicos Hispánicos de Noguier —con la colaboración de Gredos, bajo la dirección de Dámaso Alonso—, un tomo Obras Selectas de Sor Juana Inés de la Cruz, en edición de Georgina Sabat de Rivers y Elías R. Rivers, que han escrito un prólogo colmado de precisiones biográficas y críticas realmente estimulantes e iluminadoras.

NOTICIAS DE LYDIA CABRERA Y DE SU NEGRITA

AQUELLA dedicatoria de Federico García Lorca en «La casada infiel» dejó en mi primera lectura muy moceril una inquietud curiosidad. «A Lydia Cabrera y su negrita». ¿Quién sería Lydia Cabrera? No tardé en saberlo, aunque tardara más en enfrentarme con su obra que me ha ido llegando racheada. Al cabo de tantos años, todavía me alegra encontrarme con un cuento, una inventada leyenda, un poema de esa escritora cubana, contemporánea de los nuestros del 27, amiga de Lorca, creadora de una literatura singular, hecha de fantasía, amor y estudiosa penetración en el alma de los negros de su isla. ¿Pero quién era «su» negrita?

Expresaba yo hace unos meses en artículo publicado por varios periódicos la alegría de volver a tener noticias de Lydia Cabrera —y preguntando por su negrita— por una revista en que se hablaba de ella y en la que aparecía uno de esos relatos suyos de los que ha escrito Miguel Ángel Asturias: «Los cuentos de Lydia Cabrera son simplemente geniales. Se leen y releen y no fastidian. Cada vez se descubre en ellos un detalle nuevo y lo fantástico, lo mágico, lo vital del pueblo cubano se hallan recogidos en sus páginas como en un espejo magistral. Cuánto colorido, cuánta novedad, cuánta sensibilidad.» Tomo la cita de un libro de Josefina Inclán titulado «Ayapá» y otras Otán Lyebiyé, de Lydia Cabrera. (Notas y comentarios), editado



en Miami. En él su autora ensancha mis ideas sobre la personalidad y la obra de Lydia Cabrera, comentando algunos de sus escritos y trazando algunos rasgos biográficos. Lydia Cabrera anda —aunque lejos de su patria— con la cabeza levantada, cuenta sus recuerdos, sigue escribiendo. Josefina Inclán leyó aquel artículo en «Linea», de Murcia y, con las noticias de la escritora, me dice quién era su negrita inmortalizada por Lorca y sobre la que se habían tejido las más divertidas anécdotas. La negrita se llama, o se llamaba Carmela Bejarano, muy dotada para la danza y también para la poesía. Muy vinculada a la familia de la escritora, ésta la quería entrañablemente y con mucha frecuencia le refería a Lorca —cuando seguramente estaba escribiendo «El Romancero»—, gracias de ella. Más tarde, Carmela Bejarano conocería personalmente a nuestro poeta y lloraría pronto su muerte.

Al recordar el poema lorquiano y la dedicatoria ante el libro entusiasta de Josefina Inclán, veo que en un cuento de Lydia Cabrera, que es una verdadera delicia de ritmos y peculiaridades verbales de delicadas elipsis y de insinuaciones exultantes, también está el tema de la casada infiel. Esta no era gitana, sino negrita, y nadie la llevó al río, sino que en el río estaba refrescando sus ardores cuando tuvo el encuentro: vio a Suadende que se le acercaba, acercaba —¡ayayabombo, ayayabón!— hasta que...

Agradezco muy vivamente a Josefina Inclán las noticias de Lydia Cabrera y de su negrita.

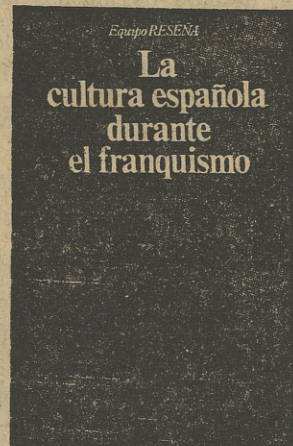
LO SORPRENDENTE Y LO LAMENTABLE

EL pasado mes de diciembre, la revista cultural «Reseña» conmemoró la llegada de la publicación a su número 100 con un número extraordinario, de carácter monográfico, dedicado en su totalidad a la materia del libro que ahora se comenta: la cultura española durante los cuarenta años de gobierno del general Franco. A instancias de la editorial vasca Mensajero, el equipo de redactores de la revista ha ampliado las 80 páginas de aquel número 100 a las casi 400, que ahora se presentan en forma de libro-compendio.

Antes de entrar a valorar el volumen como tal, convendría saber qué conclusiones han sacado los autores de la obra en torno al tema que contemplan. Para entenderlos, el balance de la cultura española de los pasados lustros ¿es positivo o negativo? Las dos cosas, vienen a decir los «padres de la criatura», y sintetizan su postura en una frase: tan sorprendente como lamentable. «Sorprendente» por el dato evidente de que dentro de España, y durante estos cuarenta años, se han producido testimonios literarios, teatrales, poéticos, cinematográficos, musicales o radiofónicos que optan tranquilamente al sobresaliente, y ahí están los nombres de Cela, Buero, Alexandre, Miró, Saura o Luis de Pablo para demostrarlo. «Lamentable» porque personalidades como Alberti, Buñuel, Casals, Picasso, Goytisolo y Arrabal «se han quedado de puertas afuera», mermando lo que podría haber sido un haz cultural sin precedentes en la historia reciente del país. «Lamentable» también por la marginación sufrida por las diferentes culturas regionales, privadas en esencia de la lengua autóctona como instrumento reconocido a nivel público.

La obra ha sido dividida en diez capítulos, que contemplan, particularmente, las siguientes disciplinas: narrativa, poesía, teatro, pensamiento, cine, televisión, radio, artes plásticas, música clásica y música popular. Los índices, agregados al final de la obra, constituyen un valioso instrumento de trabajo, por cuanto su contenido no se limita exclusivamente al campo onomástico, sino que abarca también generaciones, grupos, escuelas, festivales, premios o publicaciones. La configuración, como apéndice, de una cronología político-cultural, que va siguiendo año por año los logros de cada una de las ramas estudiadas en contacto con los avatares históricos del momento, debe entenderse asimismo como un acierto en la edición, que añade manejabilidad y perspectiva al conjunto.

Por lo que respecta a los autores, coordinados todos por Norberto Alcover, director de «Reseña», es curioso constatar que sólo en muy contados casos la edad de los mismos rebasa los cuarenta años, pudiendo fijarse la media alrededor de los veintiocho-treinta. Esto indica que muchos de ellos no han vivido los comienzos del período analizado, por lo que el esfuerzo de cara a la objetividad ha tenido que ser mayor, y en buena parte se ha logrado que así fuese. La realidad es que éste es un libro que defraudará a los que busquen un ataque sistemático a las estructuras del régimen anterior, como también irritará a quienes estén habituados a magnificar las realizaciones del franquismo; con una enorme dosis de sentido común a las espaldas y con no menos cuidado de microscopio, la cultura española... es una obra neutral e independien-



te, que da al César lo que es del César, y que procura aplaudir lo plausible y denunciar lo reprochable del inmediato pasado cultural, sin discriminaciones partidistas o preferencias políticas. Sólo en algunos apartados muy concretos, como, por ejemplo, el consagrado a «pensamiento», se advierte una marcada orientación ideológica en una línea muy concreta, pero esto es casi excepcional en el contexto del volumen.

El libro, por lo demás, se lee con agrado, y en muchos instantes hasta con pasión, ya que la historia de nuestro más cercano patrimonio cultural reviste caracteres de aventura en muchos momentos. Es mérito de la labor de coordinación el haber sabido unificar no sólo las estructuras, sino también los estilos hasta lograr un tono característico de la obra en su conjunto; mérito mayor aún si se tiene en cuenta que el número de personas que han intervenido en la redacción directa es de 33.

Hay un fallo, a nuestro entender, en este volumen, la falta total de una alusión a ese gran vehículo de la cultura moderna que es el periodismo, al que deben posiblemente la mitad de sus ideas la mayoría de esos innumerables que forman en las filas del hombre medio.

P. N.